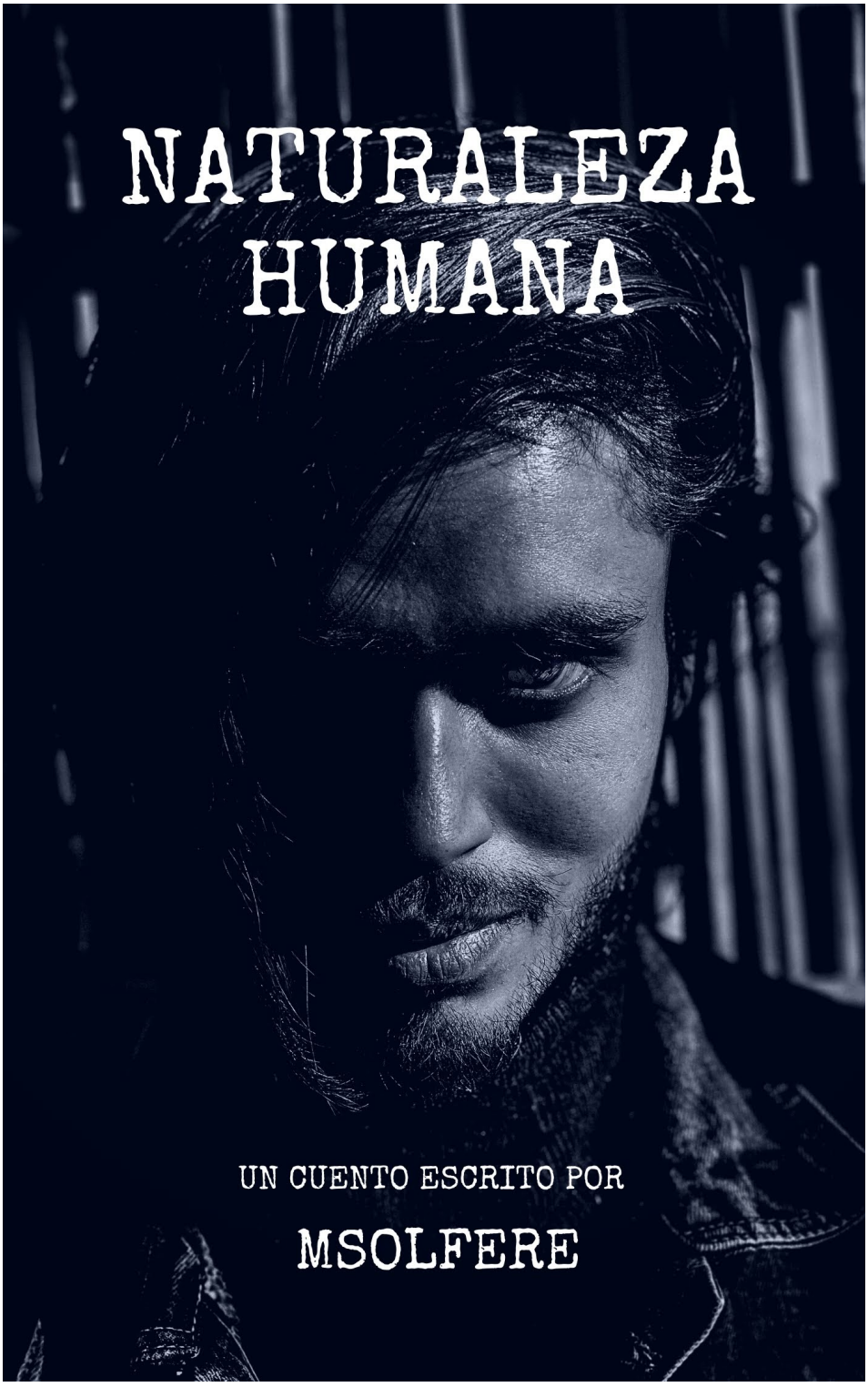
Naturaleza humana

Marisol Fernández Recalde



Capítulo 1

- Me alegra que hayas aceptado colaborar con nosotros, Dr. Gutierrez.

Juan no dijo nada. Todavía recordaba la noticia que lo dejó impactado. Su querido profesor de universidad fue acusado de cometer un crimen. Y Juan, como todo buen perito a quien siempre lo consideraban una "mente brillante" en los casos de crímenes, aceptó participar del caso solo para demostrarles a todos que era inocente. Con tales pensamientos, no pudo conciliar el sueño, por lo que cuando llamó al comandante, éste se percató de su voz cansada y le preguntó si se sentía bien.

- Estoy en perfecto estado – mintió Juan – Me gustaría comenzar lo más pronto posible, por favor.

- Está bien. Puede ver al Dr. López después del mediodía. Monitorearemos la entrevista en caso de que... ya sabes... se ponga "violento"

- Lo entiendo. Nos vemos más tarde.

El comandante Benítez lo recibió en el departamento de la Policía Federal. Juan llevaba consigo su libreta de apuntes y unos lentes de lectura. Los demás oficiales se encargarían de grabar toda la entrevista para analizar las reacciones del acusado.

- Tiene usted una mala pinta, Dr. Gutierrez – le señaló el comandante - ¿Ha tenido algún problema anoche?

- Solo un problema de mi trabajo – dijo Juan, de forma cortante.

Llegaron a la sala de interrogatorio. Era la clásica sala de paredes grises, con una mesa al medio y unos vidrios bien polarizados en una de las paredes, donde generalmente suelen situarse los oficiales, detectives y otros integrantes del caso a analizar el proceso de la entrevista al culpable de crimen.

En uno de los extremos de la mesa rectangular se encontraba el Dr. López. Estaba con un enterizo color anaranjado y llevaba las manos esposadas. A pesar de su situación, Juan lo encontró muy tranquilo, como si no le importase nada de lo que sucedería a continuación.

- Se lo dejo en tus manos, Dr. Gutierrez – le dijo el comandante a Juan, dándole una palmada en el hombro y cerrando la puerta detrás de sí.

Juan se acercó al extremo opuesto de la mesa, se sentó, sacó de su bolso su libreta y su bolígrafo, se colocó las gafas de lectura y procedió al

interrogatorio.

- Buenas tardes. Soy el Dr. Gutierrez...

- Sí, sé muy bien quién es usted, Juan Gutierrez máster en antropología y doctor en psicología. A pesar de los años, recuerdo el rostro de uno de mis estudiantes más brillantes de la universidad. Siempre tuve el deseo de poder encontrarme con usted, pero nunca imaginé que dicho deseo se cumpliría en estas circunstancias.

El Dr. López reveló una sonrisa serena. Juan intentó mantener la mente fría. Siempre se caracterizó por su frialdad en estos casos, pero por alguna razón, sentía que las piernas comenzaban a temblarle poco a poco. Odiaba sentirse tan vulnerable y tener que lidiar con el caso solo porque la situación lo ameritaba.

- He revisado sus antecedentes, tanto en los tiempos en que trabajaba en la universidad como en los que trabajaba para una empresa suiza con mala reputación en cuanto al impacto ambiental que generan sus productos. ¿Es eso cierto, doctor?

- En efecto. Así es, joven – le respondió el Dr. López, sin perder su serenidad.

- Durante su etapa de docente universitario, usted siempre ha sido todo un caballero – continuó Juan, anotando la afirmación de su antiguo profesor – todos lo admirábamos por su civilidad y raciocinio, así como por su inteligencia y forma de transmitir sus conocimientos a los estudiantes. ¿Cuál fue el motivo por el cual decidió cambiar el trabajo?

- El señor Trump me propuso una oferta que no pude rechazar – respondió el Dr. López, dejando de sonreir por un momento y mostrando una expresión neutra - ¿Se supone que esto es un interrogatorio? ¿No tienes nada interesante que preguntar? ¡Qué desilusión!

Las mejillas de Juan se enrojecieron. ¿Acaso lo estaba humillando? Intentó respirar hondo, contar hasta 10 en su mente y proseguir con la entrevista como si nada.

- Hasta donde puedo ver, usted es de esas personas que nunca haría daño a nadie. Sabemos que el conglomerado suizo cometió muchos crímenes contra el medio ambiente, por lo que quiso hacer algo al respecto para detenerlos y derrocar a dicha empresa. Pero su debilidad era su familia. ¿Acaso ellos fueron responsables de la muerte de su esposa y nietos? ¿Es verdad que asesinó a su propia familia? Y de ser así, ¿Por qué lo hizo? ¿Lo obligaron?

Repentinamente, el Dr. López soltó una carcajada que duró un minuto. Eso sobresaltó a Juan, quien no esperaba verlo reaccionar así. Cuando se calmó, el Dr López le respondió.

- ¿De verdad usted es la "mente brillante" del siglo? ¡Pero qué preguntas me está haciendo! ¿Es que no has visto las noticias? ¡Yo fui quien los mató! ¡Asesiné a mi familia! ¿Y sabes por qué lo hice? – hizo una larga pausa, donde volvió a su semblante sereno y relajado – Porque está en nuestra naturaleza asesinar a los más vulnerables. Es la ley de la vida.

Juan no dijo nada. Si no lo conociera, pensaría que el Dr. López poseía alguna especie de psicopatía. Los psicópatas tienden a aparentar ser personas normales y son muy inteligentes, pero en el fondo carecen de empatía hacia el dolor ajeno y solo ven a los demás como herramientas que puede usar y tirar. ¿Acaso el Dr. López, durante todos esos años, logró ocultar su estado real?

Al ver que Juan no decía nada, el Dr. López continuó.

- Darwin ha dicho en su "Teoría de la evolución" que, como especie humana, fuimos adaptándonos a los recursos naturales con el pasar de las generaciones. Es lo que se conoce como "Selección natural". Si analizáramos la historia de la humanidad desde sus inicios, podrá apreciar que somos la única especie que logró llegar hasta donde estamos ahora por medio de la violencia y la dominación hacia otros seres más vulnerables. La "Selección natural" fue readaptada a nuestra cosmovisión humana, aplicando toda clase de métodos que nos hizo ser los dominantes del mundo por sobre todas las demás especies. Está en nuestra naturaleza dañar a otros, solo que se han establecido leyes que "moderaran" esos comportamientos destructivos, de manera a poder perpetuar a la especie humana y forjar esta decadente civilización actual.

- El dañar a otros es un constructo social – señaló Juan, olvidándose por completo de su interrogatorio – El mismo Rousseau ha dicho en su momento que el hombre es bueno por naturaleza, pero es la sociedad quien lo corrompe. Por eso es preferible educar a los niños a ser buenas personas, respetar las leyes y condenar a los malvados...

- Y he aquí que el inepto de Rousseau contradijo lo predicado por el brillante de Hobbes – le interrumpió el Dr. López – por lo que se crearon las leyes y surgieron diversos gobiernos autoritarios que frenaron el instinto natural del ser humano, su violencia innata y sus deseos egoístas de dañar a los débiles. Si nos hubiésemos quedado con Hobbes y no hubiese aparecido Rousseau, las cosas serían mucho mejores ahora.

- ¿Acaso me quiere decir que usted, por tales pensamientos retorcidos, ha asesinado a su propia familia? – le preguntó Juan, intentando mantener su mirada fija en él para mantener alguna actitud intimidatoria, que le

impidiera desviarse del propósito de su visita.

El Dr. López apoyó sus codos en la mesa, descansó su cabeza sobre sus manos extendidas hacia arriba y dijo:

- He escuchado que ha formado una familia. ¿Verdad?

- Sí. En efecto – respondió Juan - ¿A qué viene la pregunta?

- Supongamos que su hijo solo le causa problemas. Su matrimonio no era lo que imaginabas. Piensas que tu mujer ha sido demasiado blanda con él hasta el punto de convertirlo en todo un delincuente juvenil. O quizás en un inútil acomplejado que no consigue entablar conversación con otros chicos de su edad. Por su expresión y esa cara demacrada de que le falta un buen sueño asumo que acabo de meter el dedo en la llaga.

En Dr. López describió casi a la perfección a la familia de Juan. Sin embargo, éste piensa que está totalmente errado. Amaba a su mujer y, aunque su hijo se metiera en problemas, se sentía orgulloso de él.

- Aunque tenga problemas familiares, eso nunca me llevará a cometer tales crímenes – aseguró Juan – Todo tiene solución en esta vida. Lo único que quiero es que me diga la verdad. Si de verdad asesinó a su familia, ¿Por qué lo hizo? ¿Qué lo llevó a cometer un crimen a sangre fría? ¿Acaso Trump tiene algo que ver en esto? ¿O debo asumir que tiene un grave problema de psicopatía?

- ¡Ah, la psicopatía! – dijo el Dr. López, de manera relajada – es el as de cada sesión psicológica hacia los criminales. No quieren admitir que, en el fondo, un "psicópata" solo manifiesta la verdadera naturaleza violenta del ser humano. ¿De verdad, Dr. Gutierrez, usted está capacitado para diagnosticarme de tal trastorno psiquiátrico? ¿Tiene la cara para acusar a alguien de algo que se refleje en su persona?

Juan se quedó sin palabras. En verdad era uno de los casos más difíciles a los que se había enfrentado. Ya se había enfrentado a diversos casos que lo dejaban agotado, pero el del Dr. López sobrepasaba todas sus expectativas. Era como si tratara de penetrar un muro de piedra con tan solo una pluma, con la esperanza de poder visualizar los pensamientos del interrogado.

Sin embargo, a modo de mantenerse profesional, procedió a anotar cada palabra pronunciada por el Dr. López, como una máquina. Cuando terminó sus apuntes, se levantó y dijo:

- El interrogatorio ha concluido. Estaré procediendo a su diagnóstico para

entregarlo a las respectivas autoridades.

Y antes de marcharse, escuchó al Dr. López decirle:

- Aún no está capacitado para comprender, Dr. Gutierrez. Sigue siendo aquel estudiante inexperto que conocí hace años en la universidad. Pero pronto te darás cuenta que nada en esta vida es real. No hay que rechazar a nuestra naturaleza.

Juan cerró la puerta de un portazo. Ahí le esperaba el comandante Benítez, preguntándole cuáles eran sus conclusiones.

- Disculpe, pero necesito una prórroga – le dijo Juan – Tengo la ligera sospecha de que el Dr. López sufre de algún trastorno psicótico, pero a diferencia del caso anterior, estamos tratando de una persona muy astuta. Será difícil sacarle alguna información sin conocer sus armas. ¿Ha visto alguna vez "El silencio de los corderos"?

- Sí, claro. El terrible Hannibal Lecter. ¿Acaso piensa que el Dr. López es similar a ese asesino de película?

- En algunos rasgos de su personalidad, sí. Ambos son letrados, saben todos los pensamientos filosóficos existentes de la humanidad y son capaces de memorizar cada movimiento de sus contrincantes. Pero como le digo, es solo una suposición. Ahora estaré en proceso de análisis del caso, pero necesitaré una prórroga para determinar su estado.

El comandante suspiró. De verdad esperaba que el magnífico Dr. Gutierrez, capaz de leer las mentes y demostrar frialdad en esta clase de crímenes, pudiese resolver el caso del Dr. López esa misma tarde. Sin embargo, debía reconocer que el Dr. López poseía un muro inquebrantable. En ningún momento demostró sentimientos de culpabilidad. Actuaba como si solo estuviese asistiendo a un aburrido congreso de psiquiatría.

Juan se sentía física y mentalmente agotado. Hace dos noches no dormía bien y aunque siempre se consideró una persona carente de sentimentalismos, esta vez debía admitir que su moral había sido pisoteada.

La tarde pasó volando. Juan no sentía deseos de regresar a casa. Su esposa de seguro lo estaría esperando, quizás preparando la cena ante la ausencia de su esposo. Generalmente era él quien cocinaba, pero las veces que se ausentaba en casa hasta entrada a la noche, su esposa solía prepararle algunos emparedados o un sencillo plato de fideos que guardaba en la nevera.

No sabía cuánto tiempo pasó recorriendo solo por las calles. Esperaba ser asaltado, apuñalado por algún ratero que se apiadara de su miserable existencia. Pero nada de eso pasó.

La calle pronto se volvió desierta. En ese momento, a Juan se le ocurrió ir a la universidad que, generalmente, se mantenía abierta hasta tarde para los estudiantes de turno nocturno.

- No hay nada como una buena lectura en tiempos de crisis – pensó Juan, intentando sonar optimista – Necesitaré la máxima concentración posible para resolver este caso de una vez por todas.

Se encerró en su oficina. Tomó un libro y lo terminó. Tomó otro y lo leyó hasta el final. Dos libros, tres libros, diez libros. Ninguno le satisfacía. No encontraba las respuestas indicadas para resolver el caso, o quebrar el impenetrable muro forjado por el Dr. López.

Escuchó el sonido del celular. Era un mensaje de texto. Seguro su esposa estaba preocupada porque todavía no regresaba. No quería verle la cara hasta resolver el caso.

El último libro lo agotó. Lo lanzó al otro extremo de la oficina y se echó al piso, cerrando los ojos bruscamente con el intento de recuperar el sueño perdido.

Pero no lo logró. Las palabras del Dr. López volvían en su mente, una y otra vez. Su sonrisa serena y semblante neutro lo incomodaban. No se sentía capaz de hacerlo, este caso le arruinaría su reputación para siempre y sería condenado al desprestigio popular.

Pasó toda la noche dentro de la universidad. Nadie se percató de su presencia, pero no le importó. Y si lo notaran, pensarían que solo se trataba de un profesor realizando alguna investigación importante.